ACTIVIDADES

DEPENDIENTES E INDEPENDIENTES DE LA SOCIEDAD TEOSÓFICA

Departamento de Publicidad y Propaganda Teosófica

La misión de este departamento es amplísima por sus innúmeras y eficaces ramificaciones de divulgación de las verdades teosóficas. El Departamento Central edita hojas y folletos de estudio elemental y progresivo que los Departamentos Seccionales envían periódicamente a aquellas personas que no conocen la Teosofía, pero que tienen una cierta preparación; organiza conferencias en las diversas ciudades, y su objetivo fundamental es, en suma, difundir, por todos los medios, la luz teosófica para conseguir la regeneración de la humanidad y despertando aquellas almas que aspiren a sus enseñanzas trascendentales y que obren de acuerdo con el alto significado de la vida.

Secretario de Propaganda en España:
L. García Lorenzana.—Avenida Reina Victoria, 43. Madrid.

Fraternidad Internacional de Educación

Esta institución labora para agrupar a los individuos que consideren la educación como un problema vital y esten dispuestos a predicar y a *vivir* en la escuela y en el hogar las modernas teorías pedagógicas de: respeto a la individualidad infantil, amorosa disciplina, sentimiento de cooperación, etc. que preparan al niño para la Nueva Era.

Su actividad como núcleo, además de su relación internacional, está dedicada a la publicación de obras en español que estimulen la práctica de estas teorías; a la preparación de futuros maestros y a la fundación de escuelas nuevas. Para ello ha instituído tres fondos: «publicidad», «becas» y «Escuelas nuevas».

Oficina central en los países de habla castellana: Apartado 954. Barcelona.

Escuela Nueva Damón

Situada casi en el campo, en uno de los más bellos parajes de Barcelona, esta Escuela cumple en lo físico, moral e intelectual las condiciones requeridas por las Escuelas Nuevas: autonomía escolar, coeducación, internado, clases al aire libre, instrucción a base de conversaciones, con exclusión de libros de texto, trabajos manuales, educación artística, canto, gimnasia rítmica, etc.

La característica de la Escuela Nueva Damón es ofrecer al niño las máximas oportunidades de una vida nueva en la que existan las variadas manifestaciones de la actividad humana para desenvolver *Hombres y Mujeres*, es decir, individuos capaces de crear con su energía interior las formas de una Sociedad más elevada y pura que la de sus predecesores.

Para informes y pormenores dirigirse al Apartado 954. Barcelona (España).

Liga Internacional de Correspondencia

Esta liga tiene por objeto aplicar de un modo **práctico** y **organizado** entre los miembros de la S. T. y otras asociaciones afines del principio de FRATERNIDAD. Teje a través de todo el mundo la red de la amistosa relación entre hermanos para que la fraternidad no sea un vocablo vano, sinó la denominación viva de un conjunto de seres que se aman, comprenden y ayudan.

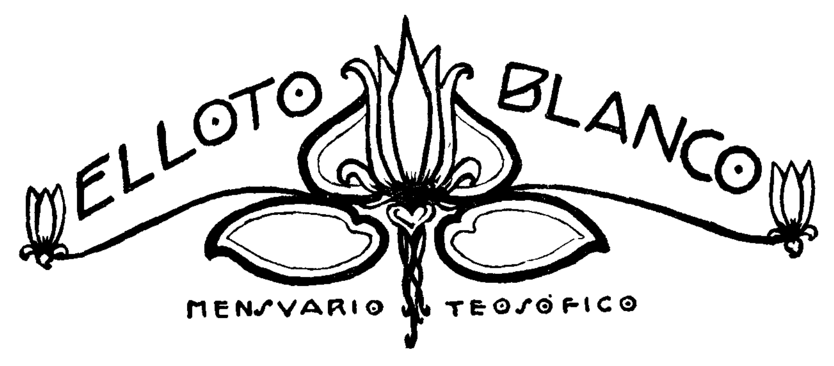
Los medios que emplea son: correspondencia entre individuos y también entre Ramas de la S. T., grupos de Juventud, etc.; intercambio de noticias internacionales en gran escala; intercambio de libros y revistas en todos los idiomas; facilitar los viajes y residencias a miembros en países extranjeros, dándoles información, cuidando de recibirles y atenderles, facilitándoles alojamiento y hospitalidad En una palabra, todo lo que tienda a actualizar en la vida el ideal de FRATERNIDAD sin distinción de raza, credo, sexo o clase.

Secretario Internacional: Mr. F. W. Rogers. 84 Boundar Road. Londres, N. W. 8. – **Secretario para España:** Apartado 563. — Barcelona. — España.

REVISADO POR LA CENSURA GUBERNATIVA

Imprenta de Juan Sallent.—San Quirico, 32 y Jovellanos, 24 al 28. — Sabadell

Octubre Año 1930



Órgano de relación entre los teósofos españoles e hispano-americanos

La responsabilidad de los artículos firmados corresponde a sus autores y a los traductores las traducciones	Toda la correspondencia, giros, suscripciones y colaboración al APARTADO 954. - Barcelona España

EL TIBET Y LA TEOSOFIA

(APUNTES DE UN FILÓSOFO)

Por el Dr. Roso de Luna

IV

VIAS TIBETANAS:

El melancólico y solitario Tarim

La Ruta de los Hann, desde el Turquestán a la China, cruzaba antaño, repetimos, comarcas fertilísimas que hoy yacen sepultadas bajo sendos desiertos de más de un millar de kilómetros de longitud. Estos dos pavorosos desiertos son el de Tak-lama-kan y el de Gobbi, de los que separadamente nos ocuparemos.

El primero de ellos, que mide una extensión mayor que la Península Ibérica, es el menos inaccesible y más conocido relativamente por haber sido objeto de diversas exploraciones en nuestros días.

Siguiendo las huellas de Prjewalsky en 1870, el sueco Sven V. Hedin, partió del mar Caspio en 1893; cruzó el Turkestán ruso por Samarcanda—la Marakanda de Estrabón, reina de las ciudades legendarias del ensueño milnocharniego del Asia Central en Unión de Buckara y de Kiva o «Shiva»—y por Oxk—¿la ciudad del Toro sagrado»—, llegó a Kax-gar, que es la población más occidental de la China, en un itinerario de 500 kilómetros, y permaneció unos 9 años recorriendo aquellas zonas desérticas en diversas exploraciones que son, como los del abate Huc, «un monumento de la energía humana».

Hedin, cruza la cordillera del Altai por el desfiladero de Tongburur (7,000 metros), y el río Kisil-su (agua roja), el desierto de entre Kaxgar y el Jarkand-daria (o «río Yarkend», porque «daria», «dauro» o «duero», significa río, cosa que, dicho sea de paso, justifica la etimología parsi de nuestro castellano «Tarim»), llegando a la aldeita misteriosa de Lailik y después a las regiones montañosas del Masar-tag, Choka-tag y Tusluk-tag («tag», montaña y «Tago», «Tego» o «Tajo», río de montaña por consiguiente), con sus poéticos lagos sagrados de Serun-kul y Chul-kul («kul» «luk» o «lak», como etimología probable del «lacus» latino, de nuestro «lago», castellano y aun del «lán-kara», sánscrito. Después alcanzó Hedin las confluencias del Yar-kand-daria, el Aku-daria y el Kota-daria hasta llegar al Tarim en Kechik, por donde este río se ha abierto en épocas históricas un nuevo lecho entre la arena, sin perjuicio de que otras corrientes subterráneas del mismo sigan entreteniendo los restos de vida del lago Lop-nor y aún se enlacen quizás bajo tierra del Gobbi, con el anguloso curso superior del Río Amarillo chino. Cruzó en fin el sueco las inestudiadas colonias de Bostán y de Teres; la selva doblemente virgen de Dung-Kotán, hasta establecer su cuartel general para empresas ulteriores en el oasis de Yangi-kul, destruído luego por una riada en 1901.

Desde el campamento de Yangi-kul, emprende Hedin la penosisima excursión hacia la parte sur del desierto de Tatrán, de superficie casi doble que el Tak-lama-kan, a orillas del Cherchen Daria (casi 300 kilómètros); visita el antiguo pueblo pagano-lamaista de Atti-kusch-padis-chah, sepultado ya como otros tantos; sufre fríos polares nocturnos de hasta 32 grados bajo cero y calores como en el Sahara; bebe las aguas del lago Tana-bagladí, y luego está a punto de perecer de sed, hambre y cansancio en aquellas movibles dunas, caminando por valles o *bajires* de docenas de kilómetros, formados por el viento a merced de un huracán súbito, el negro Kara-burán, que casi les sepultó en nieve y arena; tiene en Nochebuena el agua a 140 kilómetros, hacién-

dole consignar en su diario: «en el mismo polo no sería más desconsoladora la noche de Noël». Dos semanas después de su salida, vienen a tocar los expedicionarios «a cucharada de agua por cabeza», bebiéndose hasta el aceite rancio, el líquido es-espeso de las conservas, la sangre palpitante de los gallos y carneros que llevaban y, mezclados con vinagre y azúcar, ¡hasta los orines de los camellos!... Dos de los bagajeros sucumben a tales tormentos, con todos los animales de carga que, abandonados a su destino y «llorando como seres humanos» le arrancan a Hedín esta frase final: «¡recé por ellos, por mis mártires camellos!» (1).

Gracias principalmente a estas expediciones, el teósofo puede formarse ya una idea de conjunto de la sepultada cuenca del Tarím, antes Emporio del Saber Perdido y hoy zona inhospitalaria cerrada al hombre vulgar, aunque con castos retiros iniciáticos a los que alude la maestra H. P. B. con estas palabras: «la Naturaleza tiene lugares reservados para sus escogidos, y muy lejos de las comarcas habitadas existen dulces retiros donde el hombre superior puede adorar a la Divinidad como nuestros primeros Padres o Pitris lo hacían.»

Por la parte del Oeste, comienza dicha región en las alturas del Mustagata, o «puerta de Mustá», por donde cruza, bajo picos de más 7,000 metros la *Ruta primitiva de la Bactriana,* que empalma con la de los Hann, bajando luego hacia el río Oxus y a la meseta de Pamir. Al sur, una triple barrera de montañas (Tag) de hasta 8,000 metros; el Alting-tag, el Arka-tag y el Ustum-tag, le aislan de las zonas herbáceas del norte del Tibet propiamente dicho, lugares donde apenas si se aventuran en verano algunos ganaderos nómadas y cazadores furtivos. Por el este mal separan a la comarca de la del Gobi las derivaciones boreales del Hishthofen y el Nan-chan con su puerta de Humboldt, y dichas derivaciones se enlazan, a su vez, con las imponentes alineaciones glaciarias del Tian-schan, cuajadas de lagos misteriosísimos y frente a cuyas faldas del norte se extiende la Dzungaria, la patria ancestral de los zínganos o gitanos, otro desierto que, sumado a los anteriores y al de Zaidán, abarcan una extensión igual a la del Gobi mismo. La «puerta de Irtych o de la Dzungaria, embocando contra el gran lago Balkasch y su estepa rusa, es uno de los «desagües» históricos de las gentes mogolas, tibetanas y zíngaras hacia los países occidentales, separadas, hacia el norte, por uno de los dédalos montañosos más inextrincables del Plane-

(1) Para no repetir el trágico pasaje, remitimos al lector curioso, a nuestro artículo «El eterno anhelo evolutivo», publicado en EL LOTO BLANCO, de mayo de 1930, donde se transcribe el pasaje relativo a estos animales *mártires.*

ta, de la cuenca siberiana del Ienissei, cuenca que es, a su vez, la de una de los ríos mayores y más desconocidos.

Constituyen así la región del Tarim y la de la Dzungaria, dos verdaderos anfiteatros aproximadamente tan grandes como España: dos inmensas series de «terrazas», como se dice hoy en lenguaje geológico, con toda la poesía que, en grado minúsculo, asombra al viajero en nuestro país en riconcitos como el de Bierzo, que no habremos de describir por haberlo ya hecho en nuestro *Tesoro de los lagos de Somiedo.* En tiempos remotos, el Tarim que en grande, recuerda a nuestro Duero, con su afluente originario el Yarkend-daria, ha corrido hacia lo que hoy es Río Amarillo chino, mucho más próximo al Tian-chan límite norte de su cuenca que al Altin-tag, su límite sur. Multitud de caudalosos ríos nacidos de esta última cordillera entrabam en él por su lado derecho o meridional, como los que desde la Cántabroastúrica y la Ibérica entran en el Duero por su orilla derecha o del norte. Ellos alimentaban las viejas ciudades de Guma, Khotan, Polur, Keria, Nia Tchertchen, etc. y demás de la ruta de los Hann, pero el tiempo, que todo lo consume, desarrolló, como tejido gangrenoso, el terrible desierto, y estos ríos todos, como pasa a los ríos costeros de nuestra región levantina y la que vimos del Duratón, en lugar de aumentar sus aguas con el descenso, las perdieron todos bajo la arena fatídica y bien pronto el mismo Tarim siguió su ejemplo hasta el punto de que hoy no hay casi «nada humano» allí, remedando por su disposición aquellos vastos territorios dos cráteres lunares como los infinitos que el telescopio nos muestra en nuestro muerto satélite, y en donde hay «llanuras», como las recorridas por Dutreuil de Rhims, «más altas que la cima de Montblanc, llenas de nieve en pleno verano y con ciene luego hasta el vientre de los caballos». (Grenard, *Le Tibet).*

Y, no obstante : ¡seres superiores habitan estos desiertos!

«Detalles que me han sido dados discretamente por ciertos anacoretas de la escuela de los Dzogs-then—consigna Alejandra David, Neel en su notabilísimo pasaje de su obra *Místicos y mágicos del Tibet,* que más adelante comentaremos—, comprueban, dicen ellos, que existen ciertos seres los cuales, habiendo alcanzado el más alto grado de espiritualidad, han transmutado («eucarísticamente» al tenor de la etimología de *eu* «yo», y *karystos* «milagro», «prodigio», aunque siempre por juego de leyes naturales, todavía desconocidas), la substancia de su propio cuerpo en otra de naturaleza más sutil, poseyendo ya ésta, cualidades muy diferente de las de la carne grosera. La mayor parte de nosotros, sin embargo, somos incapaces de discernir el cambio operado así en la carne aquella.»

Por imposible que parecer pueda, en efecto, semejante aserción en mil partes repetida por sinceros orientalistas acerca de estar *habitados* por seres superiores: *jinas, genios, shamanos* (u «hombres regios», semi-divinos), *todas, mahatmas, grandes místicos, superhombres, maestros* o como haya de llamárseles, digamos con William James: «Hay que saber, ante todo, si los estados místicos no son sino ventanas abiertas sobre un mundo nuevo, más excelso», o con Edmundo González Blanco en su obra *El Universo invisible*, «El historiador del psiquismo se pregunta asombrado si la humanidad contemporánea, al rechazar el materialismo científico y cultivar el espiritualismo experimental, no retorna al punto de partida... El que fuera de la Matemática pura pronuncia la palabra «imposible» carece, dice Arago, de prudencia... Nada es demasiado insólito para ser verdad, si está conforme con las leyes de la Naturaleza... Modelados nuestros conceptos sobre lo *discontínuo* de la sensación, la imaginación creadora forja, según Bergson, el *contínuo...*», o, en fin, con Franz Hartmann, «unas personas poseen grandes poderes intelectuales, pero poca espiritualidad; otras tienen poder espiritual, pero una inteligencia débil. Aquellos tienen las energías espirituales bien templadas y afirmadas por una inteligencia fuerte, son los elegidos» y estos elegidos existen aislados, solitarios, con vida verdaderamente sobrehumana a la que no afectan ya las debilidades y miserias de una «carne» transcendida por la virtud y fuerza de la *yoga* contemplativa y que, por tanto, pueden habitar, y de hecho habitan en regiones que son mortales para la humanidad vulgar la cual apenas si tiene vagas noticias de aquellos, como el animal tampoco las tiene de los Ateneos y Academias...

Estos personajes excelsos, contra cuya realidad y cuya doctrina salvadora se estrellarán siempre las necias burlas de un ciego positivismo excéptico, laten en el fondo de todos los hechos de la Historia e irán apareciéndo más o menos claramente en el curso de estas modestas líneas.

DESPIERTA

Hombre, despierta. Hay un mensaje para tí, mensaje de eterna vida y luz.

Ya es de día y el sol reina en el espacio. Las plantas y las aves le brindan sus perfumes y sus cantos. Sólo tú duermes todavía.

Hombre, despierta. Abre tus ojos y verás la grandeza de Dios.

Rafael Ramírez D.



EL RAMAYANA

EL POETA

ENTRE los muchos poemas épicos o epopeyas con que cuenta la literatura sánscrita sobresalen por su mérito el Râmâyana y el Mahâbhârata, anteriores y superiores en originalidad y belleza a la Ilíada y la Odisea.

La lengua sánscrita con su literatura prosigue interesando a los orientalistas de Occidente y a los eruditos de Oriente, aunque hace más de dos mil años que el sánscrito dejó de ser lengua viva sin perder su carácter de sagrada.

El Râmâyana y el Mahâbhârata describen subalternamente los usos, costumbres, creencias y cultura de los antiguos arios. El Râmâyana puede considerarse como el monumento más antiguo de la poesía sánscrita, por más que anteriormente se escribieron los Vedas cuya mayor parte está en forma métrica; pero en India se diputa el Râmâyana por la primera y primitiva producción poética.

El autor del Râmâyana fué Valmiki, sobre cuya vida se forjaron después tantas conjeturas como sobre Homero y Shakespeare en Occidente, aunque no cabe duda de la autenticidad de su existencia, si bien muchos versos del poema no sean suyos, sino interpolaciones que no obstante acrecientan si cabe la poética magnificencia del poema sin par en la literatura mundial.

Había en India un hombre todavía joven y ya casado que a pesar de ser de robusta y recia complexión no encontraba trabajo con que mantener a su familia, por lo que en el extremo de la desesperación se hizo salteador de caminos.

Atacaba a los viajeros y les robaba cuanto de valor llevaban, y con el fruto de los robos mantenía a sus ancianos padres, a su mujer y a sus hijos, sin que ninguno de ellos sospechara la siniestra procedencia del dinero.

Asi sorteaba aquel hombre la vida, cuando un día pasó por el camino un gran santo llamado Nârada, a quien el salteador le detuvo los pasos para robarle.

Pero Nârada le preguntó :

—¿Por qué quieres robarme? Es gravísimo pecado robar y asesinar a las gentes. ¿Por qué cometes tan enorme pecado?

El salteador respondió :

—Porque necesito mantener a mi familia con el dinero que robo.

El santo repuso :

—¿Crees tú qué tu familia es partícipe de tu pecado?

—Seguramente que sí.

—Pues bien; para tenerme seguro, átame de pies y manos y déjame aquí mientras vas a tu casa y les preguntas a los tuyos si quieren participar de tu pecado como participan de tu dinero.

El salteador convino en ello, ató al santo, fué a su casa y le preguntó a su padre :

—Padre, ¿sabes cómo te mantengo?

—No lo sé.

Soy un salteador de caminos que robo a los viandantes y los mato si no se dejan robar.

—¡Cómo! ¿Tú haces eso, hijo mío? ¡Apartate de mí! Eres un paria.

El salteador le preguntó después a su madre :

—Madre, ¿sabes cómo te mantengo?

—No lo sé.

—Pues con el fruto de mis robos y asesinatos.

—¡Horrible cosa!

—Pero, ¿quieres compartir mi pecado?

—¿Por qué habría de compartirlo? Nunca robé nada a nadie.

El salteador le preguntó después a su esposa :

¿Sabes cómo te mantengo?

—No lo sé.

—Pues hace tiempo que soy un salteador de caminos, y quiero saber si estás dispuesta a compartir mi pecado.

—De ningún modo. Eres mi marido y tienes el deber de mantenerme honradamente.

Entonces el salteador se dió cuenta de la maldad de su conducta, al ver que sus más íntimos allegados se negaban resueltamente a compartir la responsabilidad de sus fechorías, y volviendo al paraje donde había dejado al santo Nârada lo desató, refirióle todo cuanto entonces había hecho, y cayendo compungido a sus pies, exclamó :

—¡Sálvame! ¿Qué debo hacer?

El santo le dijo :

—Abandona para siempre este género de vida, pues ya ves que ninguno de tu familia aprueba lo que haces y menos te ama al saber quién eres. Participan de tu prosperidad, pero cuando no tuvieras nada que darles te abandonarían. No quieren compartir tu mal sino tan sólo aprovecharse de tu bien. Por lo tanto,

adora a Aquel que siempre está a nuestro lado en el mal y en el bien, que nunca nos abandona, porque el amor no conoce la frialdad, ni la baratería ni el egoísmo.

Después, Nârada le enseñó a adorar a Dios, y aquel hombre, renunciando por completo al mundo, se retiró a la selva y entregado a la meditación olvidóse enteramente de su personalidad, de suerte que ni aun se daba cuenta de los hormigueros abiertos en su derredor.

Al cabo de algunos años, oyó una voz que decía :

—¡Levántate, oh sabio!

Pero él respondió :

—¿Yo sabio? Soy un ladrón.

La voz repuso :

—Ya no eres salteador de caminos. Eres un purificado sabio. Borra y olvida tu antiguo nombre. Ahora, puesto que tu meditación ha sido tan profunda que ni siquiera notaste los hormigueros que te rodeaban, te llamarás en adelante Valmiki, que significa «el nacido entre hormigueros».

El un tiempo salteador de caminos se convirtió en sabio; y un día, cuando iba a bañarse en el sagrado río Ganges, vió una pareja de palomas que daban vueltas y revueltas besándose una a otra.

Valmiki contemplaba complacido tan hermoso espectáculo, cuando de pronto, una flecha pasó silbando junto a su oído y mató al palomo.

La paloma, al ver a su compañero tendido en el suelo sin vida, empezó a dar vueltas en torno del cadáver con muestras de honda pena.

Afligióse Valmiki, y al tender la vista vió al cazador, y poseído de noble indignación le apostrofó diciendo :

—Eres un miserable sin asomo de piedad. ¿Ni siquiera el amor ha sido poderoso a detener tu mortífera mano?

Y Valmiki pensó para sí :

—¿Qué es esto? ¿Qué estoy diciendo? Nunca hablé así hasta ahora.

Entonces oyó una voz que decía :

No temas, porque de tus labios brota la poesía. Escribe la vida de Râma en poético lenguaje y en beneficio del mundo.

Así comenzó la epopeya. El primer verso es un raudal de piedad dimanante de labios de Valmiki.

II

EL ARGUMENTO

En la provincia de Oudh, unida hoy administrativamente con la de Agra, subsiste todavía, aunque medio en ruinas, la antiquísima ciudad de Ayodhya, en otro tiempo uno de los más potentes centros religiosos de India, y lugar de peregrinación.

Reinaba en Ayodhya hace ya muchos siglos un rey llamado Dasaratha, quien no había tenido sucesión de ninguna de sus tres esposas, por lo que como buenos induístas fueron en peregrinación a varios santuarios y ayunaron en fervorosa súplica de que Dios les concediera sucesión.

Por fin obtuvieron respuesta a sus ruegos en cuatro hijos, de los que el mayor fué Râma.

Cual convenía a su estirpe, los cuatro hermanos recibieron completa educación en todos los ramos del saber, y para evitar futuras contiendas era costumbre en la antigua India que el rey asociara a su hijo mayor al gobierno del país, con el título de *Yuvaraja* que significa : «el rey joven».

En otra ciudad había un rey llamado Janaka, quien tenía una ahijada maravillosamente hermosa cuyo nombre era Sitâ, a la que habían encontrado recien nacida en un campo, como si hubiese surgido del seno de la Tierra.

En sánscrito antiguo, la palabra *Sitâ* significa «surco hecho por el arado», y en la mitología índica vemos personajes que sólo tienen padre o madre o nacen sin padre ni madre del fuego del sacrificio, de un campo, etc., como si cayeran de las nubes. Todas esas clases de nacimentos milagosos son frecuentísimas en la mitogía índica.

Sitâ, hija de la Tierra, era com tal pura e inmaculada. La crió el Rey Janaka, quien al llegar ella a la edad núbil, deseaba encontrarle digno esposo.

Era costumbre en la antigua India que las princesas reales escogiesen marido. A esta costumbre se la llamaba *Swayamvara;* y según su práctica, el padre de la princesa casadera invitaba a a todos los príncipes del contorno a que acudiesen a la corte, donde la princesa, espléndidamente ataviada, guirnalda en mano y precedida por un heraldo que iba enumerando las prendas, dotes y cualidades de cada pretendiente, pasaba por delante de ellos y colgaba la guirnalda del cuello del que elegía por marido.

Muchos eran los príncipes que aspiraban a la mano de Sitâ, quien había exigido en prueba de merecimiento, que el predilecto quebrara con sus manos un formidable arco llamado *Haradhana.*

Todos los príncipes fracasaron en el empeño, a pesar de haberse esforzado en lograrlo, menos Râma, que con graciosa facilidad tomó el potente arco en sus manos y lo quebró en dos mitades.

Así eligió Sitâ por marido a Râma y las bodas se celebraron con pomposa magnificencia.

Râma se llevó a su esposa a la corte de su padre Dasaratha, quien creyó llegado el momento de nombrar yuvaraja a su hijo mayor y confiarle el gobierno del país.

En consecuencia, dispuso Dasaratha todo lo conveniente a la proclamación, y el pueblo entero acogió entusiastamente la noticia, cuando una doncella de Kaikeyi, la más joven de las tres esposas de Dasaratha, le recordó a su señora que hacía largo tiempo que el rey su esposo le había prometido dos cosas en gracia a la mucha que a él le hiciera, diciéndole:

—Pide dos cosas que yo pueda otorgarte y te las otorgaré.

La reina Kaikeyi no pidió por entonces ninguna de ambas cosas a su marido, y había olvidado la promesa; pero la maligna doncella empezó a socavar el ánimo de la reina, representándole la injusticia de colocar a Râma en el trono, cuando con sólo exigir del rey el cumplimiento de su promesa, podría ocupar el trono su propio hijo; y así fué que la reina Kaikeyi enloqueció de celos.

La taimada doncella incitó entonces a su ama a que desde luego exigiera del rey la concesión de los prometidos dones, y uno de ellos había de ser que su hijo Bharata ocupase el trono, y el otro que condenase a Râma a catorce años de destierro en los bosques.

Aunque Râma era alma y vida para el rey Dasaratha, cuando la reina Kaikeyi le exigió el cumplimiento de su promesa, vióse obligado como rey a no faltar a su palabra, por lo que no sabía qué hacer.

Pero Râma disipó la duda ofreciéndose voluntariamente a renunciar al trono y salir desterrado, a fin de que nadie pudiera acusar a su padre de falsía.

En consecuencia, Râma se marchó al destierro acompañado de su amante esposa Sitâ y de su predilecto hermano Lakshmana, que en modo alguno quiso separarse de él.

Los arios no sabían quiénes eran los habitantes de los bosques, y así es que en aquel tiempo les llamaban «monos» y a los más robustos y corpulentos les llamaban «demonios».

A uno de estos bosques habitados por monos y demonios, tal como denominaban los arias a las tribus silvanas, fueron a cumplir su destiero Râma, Sitâ y Lakshmana.

Cuando Sitâ manifestó su deseo de acompañar su marido al destierro, le dijo Râma:

—¿Cómo puedes tú, una princesa, arrostrar las penalidades que me esperan en un bosque lleno de insospechados peligros?

Pero Sitâ respondió:

—Doquiera vaya Râma, irá Sitâ. ¿Cómo puedes hablarme de princípados ni de regias cunas? Iré contigo.

Y con Râma fué Sitâ, y también el joven Lakshmana, hermano menor de Râma.

Se internaron en el bosque hasta llegar a orillas del rio Godavari, donde construyeron unas chozas y se sustentaron de la caza y de frutos silvestres.

Hacía ya algún tiempo que allí estaban, cuando un día se presentó una gigantesca demonia, hermana del gigante rey de Lanka (Ceilán).

Vagando a capricho por los bosques, se encontró con Râma, y al verle tan varonilmente hermoso, se prendó de él con fulminante amor. Pero como Râma, además de casado, era varón castísimo, no pudo corresponder al amor de la intrusa, quien para vengar tamaño desaire, volvióse al lado de su hermano y le ponderó sobremanera la encantadora hermosura de Sitâ, la esposa de Râma.

Râma aventajaba en poder a todos los mortales y no había gigante ni demonio, ni quienquiera que fuese, capaz de vencerle, por lo que el gigante rey de Lanka encomendó a la astucia lo que sabía que le era imposible conseguir por fuerza.

Así es que recurrió a las artes de otro gigante, que era mago, quien lo convirtió en un hermoso ciervo de áureo color, y de esta suerte metamorfoseado, fuése al bosque donde Ramâ vivía, y empezó a triscar al rededor de la cabaña, hasta que, fascinada Sitâ por la extraordinaria belleza del animal, le dijo a Râma que lo capturase para ella.

Râma fué en busca del ciervo, dejando a su hermano Lakshmana el cuidado de Sitâ; pero Lakshmana encendió un círculo de fuego al rededor de la cabaña y le dijo a Sitâ:

—Presiento que te va a suceder una desgracia; y por tanto, te ruego que no traspongas el círculo mágico, pues si lo traspones te acarrearás infortunio.

Entre tanto, Râma había herido al ciervo encantado con una flecha, e inmediatamente se transformó en figura de hombre y murió el animal.

A este mismo punto, se oyó en la cabaña la voz de Râma que gritaba:

—¡Oh! Lakhmana, ven en mi auxilio.

Sitâ exclamó:

Ve en seguida, Lakshmana, en ayuda de Râma.

Lakshmana repuso :

—Esta voz no es la de Râma.

Sin embargo tanto suplicó Sitâ, que Lakshmana salió en busca de Râma.

Tan pronto como estuvo lejos, se presentó junto al círculo mágico, frente a la puerta de la choza, el rey gigante, en figura de monje mendicante que pidió limosna.

Sitâ le dijo;

—Espera un poco a que vuelva mi marido y te daré abundante limosna.

El falso mendigo repuso :

No puedo esperar, bondadosa señora, porque estoy hambriento. Dame lo que tengas.

Sitâ fué entonces por algunas frutas para echárselas al mendicante; pero él la persuadió a que ella misma le diera la limosna, pues nada había de temer de él, que era un santo varón.

Asi fué que Sitâ transpuso el círculo mágico para darle las frutas al mendicante, quien al punto asumió su gigantesca forma y arrebatando entre sus brazos a Sitâ la puso en su carro encantado y huyó velozmente con su codiciada presa.

La infeliz Sitâ, deshecha en llanto, no tuvo quien la protegiese en aquella soledad; pero se le ocurrió la idea de ir arrojando de trecho en trecho del camino los adornos de sus brazos.

El rey gigante, raptor de Sitâ, se llamava Râvana, y se la llevó a Lanka, su reino, hoy isla de Ceilán. Llegados a la corte, le propuso Râvana a Sitâ que consintiera en ser su esposa y reina del país; pero ella, que era la castidad personificada, no quiso ni siquiera escuchar las palabras de Râvana, quien para castigarla la obligó a permanecer día y noche cabe un árbol hasta que consintiese en ser su esposa.

Cuando al regresar Râma y Lakshmana a la cabaña, notaron la desaparición de Sitâ, no tuvo límites su desconsuelo, pues no acertaban a imaginar qué había sido de ella.

Los dos hermanos salieron en busca de Sitâ y aunque exploraron todo el bosque no hallaron huella de su paso.

Después de mucho buscar dieron con un grupo de monos capitaneados por Hanumân, el «mono divino», el mejor de los monos, que solícitamente se puso desde luego al servicio de Râma, y enterado del caso, le dijo que habían visto atravesar los aires un carro en el que iba sentado un demonio con una hermosísima mujer, amargamente llorosa, quien al pasar el carro sobre sus cabezas, les había arrojado un brazalete para llamarles la atención.

En seguida le enseñaron el brazalete, y al examinarlo Laksh-

mana no lo reconoció, porque en la antigua India, la esposa del hermano mayor estaba tan reverenciada por su cuñados, que Lakshmana nunca se había atrevido a posar la vista en los brazos de Sitâ; pero Râma reconoció al instante el brazalete de su esposa.

Los monos le dijeron a Râma quién era y donde vivía aquel rey gigante, y todos fueron en su busca.

El rey de los monos se llamaba Bâli, pero le había usurpado el trono su hermano menor Sugriva. En esta lucha, Râma ayudó a Bâli a recobrar la corona, y él en recompensa prometió auxiliar a Râma en la empresa de recobrar a Sitâ. Sin embargo, aunque reconocieron todo el país no la encontraron.

Por fin, el divino mono pasó de un enorme salto de las costas de India a las de Ceilán, y estuvo buscando a Sitâ por toda la isla sin encontrarla,

Râvana había vencido a los dioses y a los hombres, al mundo entero, y raptado todas las mujeres hermosas, de las que había hecho sus concubinas; y así fué que Hanumân reflexionó y se dijo :

—Sitâ no puede estar con las concubinas en palacio. Hubiera preferido la muerte a la deshonra.

En consecuencia, prosiguió sus pesquisas, y al fin encontró a Sitâ sobre el árbol donde Râvana la relegara. Estaba pálida y delgada como la luna nueva al trasponer el horizonte. Hanumân asumió entonces la figura de un mono pequeño, y aposentado en el ramaje del árbol, vió como la gigante hermana de Râvana venía con encargo de él para atemorizar a Sitâ y forzarla a someterse; pero la casta esposa no quería ni oír hablar del rey gigante.

Cuando se marchó la hermana de Râvana, acercose Hanumân a Sitâ, le enseñó el brazalete que Râma le había dado para atestiguar su identidad, y le dijo cómo su marido le había comisionado para buscarla, y en cuanto Râma supiera donde estaba, vendría con un poderoso ejército para vencer al gigante y rescatarla.

Sin embargo, añadió que si ella quería, podría tomarla en brazos y de un salto atravesar el océano y devolverla a Râma; pero Sitâ, como era la misma castidad, rechazó aquella insinuación, porque deliberadamente no quería tocar ni que la tocase otro hombre que su marido. Así es que Sitâ permaneció donde estaba, y después de darle a Hanumân una joya desprendida de sus cabellos para que se la entregara a Râma, despidióse de ella el divino mono y se volvió a su país.

Enterado Râma por Hanumân de cuanto le había sucedido a Sità, reunió un ejército de monos, con el que llegó al punto más

meridional de la isla, donde los monos tendieron un puente llamado Setu-Bandha, entre la India y Ceilán. Todavía hoy es posible en la marea baja pasar a pie enjuto de una a otra costa.

Para construir el puente arrancaron los monos de cuajo varias colinas, las asentaron en el mar y las cubrieron con piedras y troncos de árbol. Una ardilla daba vueltas y revueltas en la arena hasta llenarse de ella la cola y el cuerpo. Después se paseaba de arriba abajo por el puente sacudiéndose la arena, y de este modo contribuía con muchos granos de arena a la construcción del puente de Râma.

Los monos se reían y burlaban de la ardilla al verla revolcarse en la arena y sacudirse después en el puente, pues su labor era insignificante en comparación de la de ellos, que aportaban colinas enteras, dilatados bosque y enormes cargas de arena.

Pero Râma les dijo :

—Bienaventurada esta ardilla, porque hace su labor con toda habilidad de que es capaz, y por tanto es tan grande como el mayor de vosotros.

En seguida tocó suavemente a la ardilla en la espalda y por esto se ve hasta hoy en la espalda de las ardillas, la marca longitudinal de los dedos de Râma.

Terminado el puente, el ejército de monos al mando de Râma y Lakshmana invadió la isla de Ceilán. Durante algunos meses guerrearon en sangrientas batallas contra las huestes de Râvana que al fin fué vencido y muerto. Los vencedores se apoderaron de todos sus palacios que eran de oro macizo. Râma los cedió a Vibhishana, hermano menor de de Râvana, y lo sentó en el trono, en recompensa de los valiosos servicios que le había prestado durante la guerra.

Râma y Sitâ con su séquito resolvieron salir de Ceilán y regresar a India; pero antes quisieron las gentes que Sitâ atestiguase haber permanecido pura mientras estuvo en poder de Râvana.

Râma les dijo :

—Pero ¿qué pruebas ni qué testimonio queréis, si es Sitâ la castidad personificada?

—No importa. Queremos la prueba.

En consecuencia, encendieron una hoguera sacrificial en la que se había de arrojar Sitâ con la esperanza de que el fuego no la abrasase si había permanecido pura.

Râma se angustió en extremo, creyendo irremisiblemente perdida a Sitâ; pero en aquel mismo instante apareció el dios del fuego que llevaba sobre su cabeza un trono en el que estaba sentada Sitâ.

Todos quedaron satisfechos del feliz resultado de la prueba.

De regreso en el bosque, recibió Râma la visita de su hermano

Bharata, quien le notificó la muerte del viejo rey Dasaratha, y que él no se había atrevido ocupar un trono que no le correspondía de derecho, y en consecuencia había colocado en el trono los zapatos de Râma en señal de respeto.

Entonces Râma volvió a la capital y con beneplácito del pueblo fué rey de Ayodhya y prestó los acostumbrados juramentos que en tiempos antiguos prestaban los reyes en beneficio de su pueblo, pues el rey era esclavo de su pueblo y había de inclinarse ante la pública opinión.

Después de pasar Râma algunos años en la dichosa compañía de Sitâ, las gentes levantaron el rumor de que la reina había sido raptada en otro tiempo por un demonio que se la llevó allende el océano. No se conformó el pueblo con la sufrida prueba del fuego y exigió otra más concluyente, o de lo contrario que se la desterrase del reino.

Para satisfacer las demandas del pueblo, decretó Râma el destierro de su esposa, que se fué a vivir en el mismo bosque donde estaba la ermita del sabio y poeta Valmiki, quien encontró a la infeliz Sitâ llorosa y abatida, y enterado de lo ocurrido la albergó en su ermita, donde al poco tiempo dió a luz dos gemelos.

Andando el tiempo, el rey Râma hubo de celebrar un solemne sacrificio, según costumbre de los reyes; pero como en India no permiten los Shastras que un hombre casado celebre una ceremonia religiosa sin la compañía de su esposa, de su *sahadharmini* o correligionaria, y Sitâ estaba desterrada, el pueblo le pidió a Râma que volviera a casarse, pero él, por primera vez en su vida, se opuso a la voluntad del pueblo y dijo :

—Esto no puede ser. Sitâ es mi vida.

En consecuencia, a fin de que se pudiese celebrar la ceremonia, mandó construir el rey una áurea estatua de Sitâ, y dispuso que se ornamentara un escenario en el lugar del sacrificio, para intensificar el sentimiento religioso, por medio de una representación dramática.

Por entonces ya eran los gemelos de Sitâ, llamados Lava y Kusha, dos gallardos donceles a quienes había educado Valmiki en la vida de brahmacharin sin revelarles su origen.

Durante aquel período había compuesto Valmiki la epopeya de la vida de Râma, con música a propósito para cantarla en rapsodias, y enterado del festival que iba a celebrarse en Ayodhya, se fué a la ciudad con sus dos discípulos, los desconocidos hijos de Râma y Sitâ, quienes bajo la dirección de su maestro cantaron en el escenario la vida de Râma, con tan sorprendente habilidad que fascinaron a los espectadores presididos por el rey, sus hermanos y los magnates de la corte.

Cuando llegaron los cantores al pasaje en que el poema describe el destierro de Sitâ, conmovióse profundamente Râma, y Valmiki le dijo:

—No te aflijas, porque vas a ver a tu esposa.

Y Sitâ apareció entonces en el escenario, inundando de júbilo el corazón de Râma.

Pero el pueblo clamó a vez en grito:

—¡La prueba!, ¡la prueba!

Tan hondamente afectada quedó Sitâ por aquel reiterado recelo del pueblo acerca de su reputación, que impetró de los dioses el fehaciente testimonio de su inocencia.

En aquel momento se abrió la tierra y Sitâ desapareció en su seno exclamando:

—¡Esta es la prueba!

Arrepintióse el pueblo ante tan trágico desenlace, y Râma no pudo dar tregua a su dolor, hasta que a los pocos días llegó un mensajero de los dioses para decirle que terminada su misión en la tierra había de volver al cielo.

Este mensaje movió a Râma al reconocimiento de su verdadero ser, y arrojándose a las aguas del río Savayu (hoy Gogra) que que bañaba su capital, se reunió con Sitâ en el otro mundo.

III

SIMBOLISMO

Râma y Sitâ son los ideales de la nación aria. Se considera a Râma como una encarnación de la Divinidad, y a Sitâ como dechado de castidad conyugal.

Todas las doncellas adoran con profunda devoción a Sitá, y el supremo anhelo de toda mujer es parecerse a Sitâ, la pura, la abnegada y paciente.

Los monos no son, como muchos orientalistas occidentales se figuran, los cuadrúmanos a que dan dicho nombre los naturalistas, sino el apelativo dado en aquel tiempo por los arios a las tribus autóctonas de India, así como los demonios no son los malignos espíritus a que se da tal nombre en Occidente, sino los reyezuelos o caciques de las tribus o los reyes de países extraños; pero unos y otros son seres humanos.

Al estudiar el carácter de los protagonistas del Râmayana, se advierte cuán distinto del de Occidente es el ideal ético de India.

El Occidente dice: «Manifestad vuestro poder en las obras».

India dice: «Manifestad vuestro poder en el sufrimiento».

Y para India es Sitâ el ideal del sufrimiento.

El Occidente ha resuelto el problema de cuán mucho puede hacer el hombre.

India ha resuelto el problema de cuán poco puede hacer el hombre.

Los dos extremos.

Sitâ es el símbolo de India; la India idealizada.

No importa saber si fué Sitâ un personaje real, si la epopeya es o no es histórica, pues lo que importa es el ideal simbolizado en Sitâ.

Ningún purana ha descrito tan acabadamente la índole de la raza aria ni ha penetrado tan hondamente en la vida índica ni ni está tan en la sangre de la nación como el ideal simbolizado por Sitâ, cuyo nombre equivale en India a todo lo bueno, puro y santo, a cuanto constituye la noble feminidad.

Si un brahmán ha de bendecir a una mujer le dice : Sé como Sitâ. Si bendice a una niña la exhorta a que sea como Sitâ.

Niñas y mujeres son hijas de Sitâ, la paciente, la abnegada, la fidelísima, la siempre casta esposa.

En medio de las penalidades que soporta, no sale de sus labios ni una queja ni un lamento contra Râma.

Considera el sufrimiento como un deber y resignadamente lo cumple. No se rebela, y aunque afligida y llorosa, sobrelleva la horrible injusticia de su destierro. Es el ideal de India.

Dice el señor Buda :

«Cuando alguien os daña y en venganza le dañáis, no por ello remediáis el primer daño sino que agraváis la maldad del mundo.

Sitâ era por naturaleza genuina india. Nunca devolvió mal por mal.

¿Quién acertará a decir si es más noble ideal la aparente fuerza y poderío material de los occidentales o la fortaleza y aguante en el sufrimiento de los orientales?

Dice Occidente: «Nosotros aminoramos el mal por vencimiento».

Dice India : «Nosotros destruímos el mal por sufrimiento, hasta que se convierte en gozo».

Ambos son nobles ideales; pero ¿quién sabe cuál de ambas actitudes será la más beneficiosa para la humanidad?, ¿quién sabe cuál de las dos vencerá y desarmará a la animalidad? ¿Será el combate o el sufrimiento?

Entre tanto, no tratemos de menoscabar ni uno ni otro ideal, pues ambos propenden al mismo fin de extirpar al mal. Que Occidente siga su método y Oriente seguirá el suyo. En modo alguno aconsejaré a Occidente que se porte como India. El fin el mismo aunque los medios sean distintos.



LA PENA DE MUERTE NO ES JUSTA

El enunciado de este artículo encierra un problema gravísimo que trataremos de resolver enfocándolo a la luz de la Teosofía.

Se dice que en todos los órdenes de la Vida, a toda acción sigue una reacción proporcionada en calidad e intensidad y que el equilibrio, es decir, el orden, la Justicia, es la resultante de aquellas dos fuerzas en incesante movimiento, que son, como la gran lanzadera de la Vida, que va urdiendo, en armonía con las leyes del Universo, la gran tela de nuestros destinos. Nada ni nadie puede substraerse a esa gran ley que Hegel formuló con estas palabras: Tesis, Antítesis: Síntesis, o lo que es igual; Acción, Reacción: Composición.

El desequilibrio nace cuando la fuerza de impulsión o la de reacción pierden el ritmo que les es propio, y entonces la gran Ley, para restablecerlo, ha de realizar un esfuerzo reparador proporcionado.

Este esfuerzo es dolor, sufrimiento y como tal, en el orden jurídico recibe el nombre de pena, cuando es producto de la voluntad humana con referencia al incumplimiento de un precepto del derecho punitivo.

Claro está, que las leyes reguladoras de la vida social carecen del rigor funcional de las físicas, porque la Sociedad es el agregado de voluntades distintas, dispares y en constante desnivel evolutivo.

El exponente de evolución social de un grupo humano en una época determinada ofrece un modo especial de ser en aquel momento, con sus criterios morales, sus valores sociales y en general, con el tesoro espiritual y material correspondiente a su nueva posición en la Vida. Por eso la cultura se afina, las costumbres, efecto de ella, se pulen sin cesar y la legislación, reflejo de los sucesivos estados de la conciencia social, aparece cada día más perfecta.

Así es como el concepto de la justicia penal brota de la selva virgen del instinto de veganza y se pule, poco a poco, a través de la maraña de sistemas filosóficos que la matizan de piedad correccional, de sentido de justicia objetiva, de valor intimidante y últimamente, de esencia científica, al propugnar la individualización e indeterminación de las penas, habida consideración de los descubrimientos antropológicos y psiquiatricos, que hicieron pensar a Dorado Montero en «el derecho protector de los criminales» y aun en la desaparición total del derecho penal, para ser reemplazado por la Medicina Criminal, que, teniendo en cuenta principalmente los estigmas psico-físicos del delincuente y las

circunstancias sociales que facilitaron su caída, diagnostique científicamente y aplique la terapeutica adecuada.

Y he aquí cómo el concepto que de lo justo tiene hoy el mundo, en nada se parece a la tosquedad de la justicia primitiva, no ya, ciertamente, porque se carezca de un orden objetivo de justicia absoluta e inalterable, sino porque este orden brilla en todo su esplendor, en regiones ignotas, inaccesibles a los humanos.

La humanidad es un agregado de almas en evolución, que trabajan, sondean, exploran y captan de vez en cuando un destello de la Divina Justicia, y en ansias de perfección la incorporan a la menguada justicia humana que sale así dignificada.

Se quiso en no lejanos tiempos justificar la pena capital, como necesario efecto de la Justicia Absoluta, dando así triste ejemplo de ignorancia y de orgullo.

Verdad es que, relajado el principio del Talión, se reservaba esta pena, en el orden doctrinal, para cierta clase de crímenes espantosos, a pretexto de que «hay una voz instituída en la naturaleza humana que nos pide algo más, que nos exige algo más, que no se calma ní aquieta como no se llegue al límite de los castigos possibles» (1).

Cuando se pronunciaron estas tristes palabras, ya Beccaría había escrito su famoso opúsculo «Dei delitti e de le pene» (1763) y la emperatriz Isabel de Rusia habia abolido ya (1754) la pena de muerte para los delitos comunes. Quiere decirse que la campaña abolicionista había empezado ya y comenzaba a producir sus frutos. Pero los ataques contra la pena de muerte, o eran de orden sentimental, o se inspiraban en la transnochada doctrina del Pacto Social, entonces en boga y hoy completamente inservible.

No habia aparecido todavía en el mundo sabio, la generación de antropólogos y psiquiatras que habían de derrumbar más tarde la secular fortaleza de los penalistas clásicos, que fundamentaban la imputabilidad y la responsabilidad, en ese gran tópico del libre albedrío, castillo de naipes que, a despecho de su endeblez, ha desafiado las borrascas del tiempo.

Triunfante y fuera de discusión ya, el moderno determininismo, el derecho penal se afanó en la busca de un fundamento más sólido de la responsabilidad, y entonces surgieron las modernas doctrinas de la defensa social, tan dignamente representadas en España, por una pléyade de jóvenes y eminentes penalistas que honran nuestro país.

Si fuese cierto que el criminal es libre en el momento de concebir, preparar y cometer el crimen; si sus actos fuesen simplemente la cristalización de sus propósitos y éstos tuviesen una génesis espontánea; si

(1) Pacheco, Lecciones de Derecho penal dadas en el Ateneo de Madrid, año 1839-1840, pág. 140, tomo 2.°

el alma humana tuviese el poder de frenar la voluntad, cuando, mal aconsejada por la razón, torciera el rumbo de su recto caminar y en todos los hombres se despertara con igual imperio la voz de la conciencia pregonera del remordimiento; y no obstante, la voluntad, con clara conciencia, con espontáneo y frío querer, moviera la mano criminal empujándola al delito, tendrían algún fundamento las palabras de Pacheco y sería cosa de defender la abolición, buscando en esta pena, puntos más vulnerables.

Pero las cosas no suceden así, sino de muy distinta manera. Hoy, no hay nadie que defienda la acción inmotivada de la voluntad. Cualquiera que sea la escuela a que se pertenezca, todo el mundo reconoce y acepta una voluntad juguete de los móviles y de los motivos.

Sean estos endógenos o exógenos, esté en nosotros mismos o vengan del exterior, lo indudable es que en el alma del delincuente se libra una batalla antes de que la voluntad se decida a obrar, y fatalmente será el motivo triunfante quien imponga su ley a la voluntad, obligándola a querer, a ordenar, de acuerdo con el móvil vencedor. En este sentido la voluntad ha perdido su trono y de rey se convierte en lacayo.

Ciertamente que la razón ilumina, aquilata la fuerza de los motivos y emite su dictamen, pero, como dice el exquisito Jinarajadasa, no hay que olvidar que los hombres son almas evolucionantes y cada una de ellas representa un grado particular de evolución que excluye todo intento de generalización.

Un grupo social determinado tendrá un nivel común de espiritualidad, que será su nota típica, pero junto a él, se da una riquísima gama de matices, tantos como individualidades integran el grupo.

Todo lo dicho obliga a pensar en la necesidad de individualizar el problema de la responsabilidad, si se busca la verdadera justicia, es decir, el grado más exquisito de la Justicia que al hombre de hoy le es dado columbrar, porque, como decía Platón, «atributo de ella es el dar a cada uno lo que se le debe» y para saber lo que se debe a cada delincuente, precisa la individualización médico-legal, exploración psicofísica, ponderación de factores sociales coadyuvantes, tratamiento correccional adecuado, habida cuenta de aquella gran verdad de Plotino de que «los castigos pertenecen al orden que regula todas las cosas según su conveniencia». He aquí la clave de este problema.

Si el rigor de los principios nos obliga a dar al criminal lo que se le debe, mirando a su conveniencia ¿cómo hallar ésta, en la pena capital? Ella es indivisible y no admite su adaptación al grado de verdadera responsabilidad del ajusticiado, provocando en él, la benéfica reacción correccional que la verdadera justicia exige. Y si esta pena no puede ser correccional ¿cómo conciliarla con la justicia?

Digámoslo de una vez: la pena de muerte es injusta, si la noción platoniana de la Justicia y la plotiniana del castigo son verdaderos.

La voz que Pacheco creía oir y que el creía instituída en la conciencia humana, no era ciertamente la voz del alma, sino la del instinto de venganza, resabio atávico de animalidad que la evolución del espíritu enterró para siempre en las simas del subconsciente. La voz del alma del siglo xx, va siendo ya la voz de Dios, que en un glorioso plan, exige por modo ineludible, que el castigo se inspire siempre en la corrección del culpable.

Los hombres han captado un nuevo destello de la Justicia Universal, incorporándola a la Justicia del mundo y al tratar de resolver el problema que nos ocupa, han desplazado su punto de mira. Antes, el objetivo de la ley penal era el delito, y según su entidad y naturaleza determinaba la calidad y grado de la pena. Hoy, ya no hay delitos; tan sólo delincuentes, y según sea su alma, así será el tratamiento redentor. El delito sólo tiene valor como síntoma de peligrosidad.

De ahi que se vislumbre para un futuro próximo, una reducción considerable del área del derecho penal y una amplificación vastísima de la medicina y la sociología criminales; las dos disciplinas que, enlazadas por lo jurídico, instituirán las normas penales y penitenciarias del porvenir.

JUAN LLIDÓ



Aquel que soporta mis faltas es mi dueño, aunque sea mi criado.

La belleza es la manifestación de misteriosas leyes naturales que sin ella quedarían ocultas para siempre.

No se nada más elevado ni más hermoso que confesar lo que hay de bueno en un enemigo.

¿Divide y vencerás? Une y dirigirás!

En la contemplación, como en la acción, hay que saber distinguir entre lo accesible y lo inaccesible: sin esta distinción nada bueno se consigue ni en una ni en otra.

No hay más que dos religiones verdaderas: una, la que conoce y adora sin forma lo que hay de sagrado en nosotros y a nuestro alrededor; otra, la que conoce y adora lo mismo en sus formas más bellas. Todo lo que se halla entre ambos extremos es pura idolatría.

GOETHE



La ortodoxia en teosofía y el carácter iniciático de la Sociedad Teosófica

PARA EL DR. E. ALFONSO

LEO en EL LOTO BLANCO de julio último un artículo del doctor Eduardo Alfonso, titulado «El porvenir de la Teosofía comprometido por la Sociedad Teosófica», que me sugiere algunos comentarios. Espero al escribirlos que mi querido amigo el Dr. Alfonso no verá en ellos afán de crítica o de discusión por mi parte, sino tan sólo el deseo de manifestar una opinión, Quizá nada más conveniente en esta época en que existe cierta desorientación en la S. T., que los miembros expongan sus respectivos puntos de vista.

Alude el Dr. Alfonso en su artículo a una simpática peña de amigos (a la que alguna vez he tenido el placer de concurrir) que se reune periódicamente en el Café de Gijón, de Madrid, en la cual peña, aislados, en cierto modo, o guarecidos del temporal de equivocaciones en que, según ellos, ha incurrido la S. T. desde hace algún tiempo, permanecen el Dr. Alfonso y sus amigos, pensando como el primer día, esto es: «*Que no hay más Teosofía que la que fundó Ammonio Saccas y difundió Blavatsky; que su condición fundamental es la libertad de pensamiento, y que el teósofo debe estar siempre por encima de las religiones.*»

Yo quiero creer que el Dr. Alfonso no ha meditado bien todo el alcance de esta frase antes de escribirla. Decir, en efecto, «*que no hay más Teosofía que la que fundó Ammonio Saccas y difundió Blavatsky*», es definir concretamente la Teosofía, es reducirla a un molde, es limitarla. ¿Y no ve el Dr. Alfonso el peligro inmenso que entraña el definir la Teosofía, el fijarle un límite, el circunscribir su concepto al pensamiento o a la enseñanza de una o dos personas, por muy eminentes que sean? Porque decir: «la Teosofía es *esto* y nada más», es sencillamente caer en la ortodoxia y en el dogma. Ese es el principio de todas las religiones: desaparecido el Instructor, que no dió normas, leyes ni reglas de conducta o de moral, sino que quiso que cada hombre las buscara por si mismo, como única manera de hacerlos verdaderamente

libres, quedan los discípulos, y éstos, sin la grandeza del Maestro, pero en su afán de ayudar a los hombres y de difundir las enseñanzas del Instructor, «rebajan la verdad», como dice Krishnamurti, crean las normas, las reglas de conducta para llegar a la perfección; y dicen : *Esto* fué lo que dijo el Maestro; *esto* es, pues, la verdad; *esto* es lo que hay que creer. Y los que creen aquello, que, según los discípulos dijo el Maestro, forman la nueva religión; y los que no lo creen, quedan fuera de ella. Y así nacen la Iglesia, la ortodoxia, los dogmas, la estrechez de pensamiento, la intolerancia, la separación.

¿Podemos hacer eso en la Teosofía? ¿Podemos reducir su concepto a lo que dijeron Saccas y Blavatsky, para formar así la ortodoxia. De ninguna manera. Yo estoy seguro de que el espíritu amplio del Dr. Alfonso no quiere eso. Además, si Saccas y Blavatsky nc han dado la verdad completa, absoluta, total, del Universo, la misión del teósofo, como investigador de la verdad, debe ser buscar también la Teosofía fuera de Saccas y Blavatsky. Porque la Teosofía es algo muchísimo más grande que las expresiones que de ella puedan dar dos genios o cien genios. Por eso ha dicho recientemente Jinarajadasa que en la S. T. nadie tiene el derecho de definir lo que es la Teosofía ni lo que son los teósofos.

Pero es que además, la segunda parte de la frase que comento está en contradicción con la primera y con la tercera. *Si la condición fundamental de la Teosofía es la libertad de pensamiento,* bien puede haber teósofos que encuentren Teosofía fuera de lo que dijeron Saccas y Blavatsky, y aun que la encuentren en una religión determinada, (de hecho sabemos que en la S. T. hay miembros de todas las religiones). Y es que la verdadera libertad de pensamiento implica una gran tolerancia para todos. No podemos proclamar la libertad de pensamiento tratando a la vez de restringir el de los demás. Aunque nosotros, los no ceremonialistas, no encontremos en los ritos y ceremonias de las religiones el gozo interno que encuentran ciertos individuos, no por eso debemos condenarlos ni tildarlos de no teósofos. Creo más bien que deberíamos tratar de comprenderlos. Desde luego que cuando el individuo ha alcanzado cierto grado de evolución, para él las ceremonias dejan de ser algo. esencial, pero ¿por qué ser intolerantes con los que las consideran esenciales, o con aquellos que, aun considerándolas no esenciales, las practican como actos de ocultismo o de magia para conseguir ciertos fines altruistas y espirituales?

Nos dice también el doctor Alfonso que ni él ni sus amigos creen en el magisterio espiritual de Krishnamurti. ¡Cuanto más

interesante hubiera sido que nos dijera si para él y sus amigos lo que dice Krishnamurti es la verdad o no, y por qué! Lo que importa son las ideas, y no que se crea o no lo que sea o deje de ser la persona.

Quiero, en fin, decir algo acerca del último párrafo del artículo en el que el Dr. Alfonso se lamenta de que la presidencia de la S. T. mundial no haya comprendido la necesidad de la organización iniciática en la Sociedad, que sería, según dice, la clave del éxito de la propagación y eficiencia teosófica en la vida de los pueblos.

Apenas puedo creer que un teósofo tan culto e inteligente como el Dr. Alfonso haya escrito eso. Porque si hay en el mundo una sociedad fundamentalmente iniciática, esa es la Sociedad Teosófica.

Para mucha gente la S. T. es meramente la Sociedad externa, con sus miembros, Ramas, reglamentos y disgustos más a menos fraternales. Pero la verdadera Sociedad Teosófica es mucho más. Así como en un árbol la parte visible, con su tronco, sus ramas y sus hojas, se alimenta de las ocultas raíces, así la S. T. externa tiene su profunda raíz oculta en la Gran Fraternidad Blanca o *Jerarquía de Adeptos que gobierna espiritualmente al mundo.* En primer lugar, y yendo de lo externo a lo interno, es sabido que además del grupo externo de miembros, hay en la S. T. una sección Esotérica o Escuela Secreta, a la que alguna vez se ha calificado de «corazón de la S. T.». Después, como también se sabe, hay algunos Adeptos que toman discípulos o aprendices con el fin de prepararlos para la gran *Iniciación.* En varios libros se han descrito con detalles los estados de «discípulo en probación», «discipulo aceptado» e «hijo», en los cuales el Maestro va teniendo sucesivamente una relación más intima con el discípulo. Pues, bien, la S. T. externa y la E. S. son sitios (no únicos) donde los Maestros seleccionan aquellos individuos que por sus condiciones de espiritualidad, pureza, devoción [1], etc. pueden ser más útiles al servicio de la humanidad, y los toman por discípulos en probación. Y más adelante, cuando el discípulo ha mostrado ser digno

---

(1) Está muy extendido el error de creer que la devoción es algo flojo, decadente, débil, falto de energía y de acción por excelencia. Pero la verdadera devoción no es eso. sino todo lo contrario. La verdadera devoción es algo esencialmente activo y creador; es algo vivo y ardiente como una llama; es la entrega absoluta del individuo a un ideal, a una idea de servicio. Cajal es un devoto de la histología, Einstein de la física, Beethoven fué un devoto de la música. Esa es la devoción que buscan los Maestros; la que lleva al individuo a trabajar con ardor y hasta a sacrificarse por el servicio a la humanidad.

de ello, le acepta definitivamente el Maestro, y luego le hace su «hijo». Y cuando el discípulo está debidamente preparado, el Maestro le presenta a la Gran Fraternidad para su Iniciación, y una vez iniciado, queda ya convertido en miembro de la Fraternidad. En la S. T. hay miembros que han recibido no sólo la primera gran Iniciación, sino otras varias, y hasta hay algunos que han recibido la cuarta, la de *Arhat*. Y aún podemos ir más lejos. Hay algunos Maestros y Chohanes que trabajan especialmente por la S. T., en particular sus fundadores, los hoy Chohanes M. y K. H. La S. T. se extiende, por tanto, desde estos elevadísimos seres hasta el miembro ordinario que puede no creer siquiera en la existencia de los Maestros.

Así pues, la S. T. es esencial y fundamentalmente iniciática; el miembro que se hace digno de ello, puede recibir esa serie de iniciaciones menores y mayores hasta escalar las cimas de la más alta espiritualidad.

Ni por un momento puedo suponer que todo esto sea desconocido del Dr. Alfonso; de aquí mi extrañeza ante sus palabras. Quizá él quisiera ver más grados iniciáticos en la Sociedad externa. ¿Para qué? La Sociedad externa puede considerarse como el primer grado iniciático. El camino para pasar adelante está siempre abierto para aquel que en verdad se haya hecho digno de atravesar el próximo umbral.

Pudiera también suceder que el Dr. Alfonso no creyera en la existencia de los Maestros, discípulos e iniciaciones que he mencionado tan someramente. No es, desde luego, esencial esta creencia para el desarrollo espiritual del individuo, y aun pudiera suceder que para algunos fuera un estorbo. Al que su intuición no le diga que todo esto es real, hace perfectamente en no admitirlo. Pero en toda sociedad iniciática, el que no ha recibido una iniciación ignora siempre el trabajo de los que la han recibido, y aun pueden negar que exista tal iniciación. Sólo para los que la han recibido resulta una indiscutible realidad.

L. García Lorenzana





DEL CONCIENTE AL SUPERCONCIENTE

Uno de los más sugestivos descubrimientos de la psicología moderna es el del llamado subconciente, que es la cosa más vieja del mundo... Una vez más las antiguas ideas surgen a la nueva vida, brotan del polvoriento sepulcro del pasado, renacen de la subconciencia de la humanidad, donde yacieran dormidas y vierten nueva luz en nuestra ruta de eterna peregrinación.

Sí, el hombre es más de lo que cree ser; el hombre lleva en sí todo el pasado de la humanidad oculto en los recovecos de su espíritu, dormido en las reconditeces de su instinto. La razón, la mente mejor dicho, no es el hombre; sinó uno de los muchos aspectos del hombre, del Yo. Como las montañas de hielo, nos decía una vez el sabio indo Sr. Jinarajadasa, que flotan sobre el mar, así el hombre flota sobre la vida; únicamente surge a la superfície un aspecto de su ser; pero en las profundi dades del mar está oculta la mayor parte de la montaña de hielo. ¿No recordáis una vez más la transcendente iniciática de Delfos: «¡Oh hombre, conocete a tí mismo!» ?

Uno de los errores del siglo XVIII fué adjudicar el conocimiento de la verdad, de la Vida, a la razón, que no es más que un aspecto de la Vida, sin recordar que también se llega a la verdad por las emociones, por la intuición y por la acción. Así Kant, después de escribir racionalmente su Crítica de la Razón Pura, en que minaba los fundamentos de toda creencia, tuvo que dar ese enorme salto en el vacío de que nos habla Unamuno, esa rectificación formidable que cristalizó en la Crítica de la Razón Práctica; porque el ser dormido en las entrañas del espíritu de Kant, el huésped desconocido de la subconciencia también tiene sus razones poderosas e indiscutibles. Kant tuvo que reconstruir el edificio pulverizado por su primera obra, tuvo que rendir pleitesía al fuero de la Vida que es superior al de la razón.

Recuerdo haber leído una crítica de Turgueneff en que presenta el contraste entre el hombre, que todo lo duda y analiza: Hamlet, y el que todo lo afirma sin discusión: Don Quijote; y el novelista ruso opina que los creadores han sido siempre afirmadores. Quijotes que no razonan ni lo necesitan, porque obedecen al impulso supremo de su heroísmo subconciente. Así y no de otra

manera es la evolución. Afirmad un error y vividlo, que la vida sabrá sacar una verdad del error aparente.

La conciencia mental del hombre es el punto del presente en la curva infinita que va del infinito pasado y vivido al infinito venidero y por vivir. Cada hombre es todo su pasado concentrado en el presente; todas sus pasiones de esta y otras vidas, sus menores impulsos, sus aspiraciones, sus experiencias, viven eternamente en él, le acompañan noche y día en la vida y en la muerte, transformadas en instintos y potencialidades ocultas tras el umbral de su conciencia que no se agota jamás. El hombre nace eternamente de sí mismo, revive sin cesar, mana nuevas ideas, origina nuevas pasiones, genera nuevos ideales, despierta nuevas potencialidades que están en él como el árbol en la semilla. El hombre es la semilla de un dios plantada en el campo de la vida; el sol del amor le da calor, luz y vida, el rocío de sus lágrimas le fecunda, la savia de su idealidad acrece sin cesar el enorme caudal de su espíritu. ¿Qué es la subconciencia? Todo el pasado latente, transformado en instinto. Pero ese Dios oculto, esa fuente de vida que no se cansa de producir pensamiento y emoción, lo que aún le queda por vivir al hombre, es la Superconciencia, el Dios interno que se ha de realizar como hombre según diría un panteista oriental.

Aquel lírico robusto e inolvidable que se llamó don José Espronceda, nos lo enseñó con los sones de su lira inmaculada, hechos cristal de poesía :

«Hombre débil, levanta la frente;
pon tu labio en mi eterno raudal...
¡Tú serás como el Sol en Oriente!
¡Tú serás como el mundo, inmortal!»

FERNANDO VALERA





IDEAS COHETES

MÁS CORAZÓN

IV

ESTABA un día en las alturas de los Pireneus y el guía me indicó una fuente diciéndome: Este es el nacimiento del río Segre—. Yo refresqué mis labios en esas fresquísimas aguas pensando que tan insignificante manantial llegaba a las azules aguas del mar convertido en un río de bastante importancia, después de haber reflejado en sus olas montes, bosques, campos y ciudades. Sus aguas, que procedieron del mar, volvían a él después de un sinnúmero de experiencias y aventuras de toda clase. Y así nos pasa a nosotros.

Pero cuando el río llega al mar, muy contaminadas se encuentran sus aguas y en nada se parecen a las del fresquísimo manantial, que apagó mi sed allá en las alturas pirenáicas. Las nubes condensaron los vapores procedentes de las olas salinas del océano y cándidos copos de nieve cayeron sobre aquellos picos, penetraron en el suelo y después de un viaje subterráneo volvieron a la superfície purificadas.

Y esa es la eterna rueda de la vida en todos los elementos, en todos los seres. El hombre también llega a la muerte, que es la estrecha puerta de la infinita vida, volviendo a asomarse por otra estrecha puerta, por el nacimiento, a este mundo ilusorio de pruebas y experiencias.

Pero ¿qué pensamos nosotros de la vida terrestre sino conocemos más que su externa corteza? ¿De qué nos sirve ver una hermosa mazana en un árbol o en un escaparate, sino hincamos en ella los dientes, sino nos deleitamos con su perfume y su sabroso gusto, sino observamos que en su corazón se esconden las semillas, muy protegidas, para que reproduzcan la vida?

En nuestro corazón así como en el corazón de la manzana está nuestra vida. No lo olvidemos y procuremos ahondar en él. Allí penetró la vida cuando inhalamos por la primera vez, con nuestro tímido vagido, una ola de la atmosfera que rodeaba nuestro

cuerpo, cuando salimos del alvo materno. Con el primer latido empezó nuestra vida de una gota del océano de vida que da movimiento a los millones de latidos de este motor admirable.

Cuando estrechamos entre nuestros brazos el cuerpecito de un niño y sobre nuestro pecho sentimos como palpita su corazoncito, una ola de alegría nos llena. Aquel es un ser viviente, no es como un inerte objeto por querido que nos sea. ¡Ah si pudiéramos sentir así sobre nuestro pecho los latidos de todos los corazones, cuanto nos cambiaríamos! Si nuestro corazón no sangra viendo las miserias ajenas, no podemos ayudar el mundo y daremos vueltas y más vueltas en vano antes de llegar a la cumbre del monte.

Si ahondamos en nuestro corazón llegaremos un día a encontrar una luz, una estrellita diminuta que irá creciendo y nos guiará como aquella que guió a los Reyes Magos y a los pastores que adoraron al niño Rey.

Estamos tan atrasados que todo lo ignoramos, particularmente lo que atañe a lo más esencial de la vida. La vida lo es todo. Es la fuente del poder, del Amor y de la Sabiduría. Si buscamos la vida, si procuramos unirnos con ella en todas sus manifestaciones, por despreciables que nos parezcan, será cuando ella misma se nos hará patente en todo su esplendor, con toda su gloria.

Cuando durante la noche una luciérgana muestra modestamente su lucecilla entre las hojas de un arbusto, pensamos: ¿Porqué lucirá? ¿Por qué un ser tan despreciado debe lucir y no lo podemos hacer nosotros que valemos mucho más que él? ¿Qué sabemos nosotros de ellos? ¿Qué pensará de esto un hombre del porvenir? ¿Qué visión tendrán los hombres de aquí a tres mil años o más?

La ciencia moderna va ensanchando tanto el campo del saber, que dentro poco el mundo estará completamente transformado. ¿Y por qué en esta época es cuando la ciencia ha tenido y tiene ese empuje tan colosal?

Es sensible la contestación. Hemos pasado por la época del materialismo y una ola espiritual está bajando desde lo alto y la materia debe espiritualizarse para poder servir de canal a este gran efluvio espiritual.

Un matrimonio de París, francés él, ella polaca, descubrieron a fuerza de grandes estudios, privaciones y sacrificios el *radio*. Esto fué a principios de este siglo y ellos tampoco se dieron cuenta de la magnitud de su descubrimiento. Después un autobús aplastaba a ese sabio Mr. Curie, pero la viuda sigue su estudios y da más luz al mundo.

Vieron estos sabios que el radio emanaba radiaciones lumíni-

cas sin desintegrarse y que su luz violada era perceptible con los ojos cerrados y hasta para los ciegos que no tuvieran la retina destruída. Fué un paso más que confirmó lo que descubriera Crookes o sea la materia radiante. La química se transformó de un modo inopinado y se confirmó que la materia no es más que energía más o menos cristalizada. De esto a la proclamación de la unidad de la substancia no hay más que un breve paso.

Ya podemos figurarnos que así como el helio, el toico, el polorico y el radio son cuerpos radiantes, pueden serlo también todos los demás cuerpos, por que están formados por el único átomo que existe en el plano físico. Y si todo procede del sol, ¿por qué no podemos considerar a los átomos primitivos como minúsculos soles en evolución?

Leía el otro día que la ciencia proclama que cada átomo físico tiene su contraparte solar o sea radiante y que el contacto entre esas dos partes produce un sonido. Ya tenemos aquí la tan decantada armonía de las esferas. Si los átomos son soles y si en el Universo todo es Luz ¿no será nuestro corazón también nuestro verdadero sol? Y si es así, debemos buscar la armonía que nos pueda unir con el sol de nuestro sistema, que al fin y al cabo es nuestro verdadero corazón. Y si del átomo emana un sonido cuando está en contacto con su contraparte solar, por qué no saldrá también de nuestro corazón una música desconocida, dulce como la que brotara de las cuerdas de la lira. ¿No será en nosotros también la mente suprema la pulsadora de ese divino instrumento? Mente y corazón he aquí la eterna armonía en el hombre, cuando llegó a apaciguar su ser en las serenas aguas del azulado lago de la serenidad celeste, que no es más que el reflejo del cielo en las tranquilas aguas lacustres de nuestra alma.

Sedientos estamos de gozar de esa serenidad que calmó todas las intranquilidades, todas las pasiones, todos los afanes que despedazaron nuestra alma durante tantas vidas.

Éramos esclavos de nuestras míseras ambiciones. Deseábamos todo cuanto debe satisfacción a nuestros sentidos, a nuestras simpatías y no nos acordábamos de nuestros hermanos que sufrían, que nos tendian la mano, que nos miraban con ojos suplicantes, sin que nos dignáramos dirigirles una palabra cariñosa, sin que les abriéramos los brazos, sin que enjugáramos su llanto. ¡Qué crueles fuímos! Ahora todas esas lágrimas caen como plomo derretido sobre nuestro corazón; el recuerdo de esas miradas nos traspasa el alma y destrozan nuestro oído los tristes lamentos de los que sufrían.

Entonces habíamos cerrado con doble llave la puerta de nuestro corazón. ¡Qué cobardes fuímos! ¡Cuánta infamia nos llenó de

lodo! Ese lodo fué el que rodeaba nuestro corazón que herméticamente cerrado no podía resplandecer de la luz divina que emana desde su centro.

¡Sequemos las lágrimas que llenaron nuestros ojos perdidamente fijos en cuanto ambicionaban nuestros sentidos y nuestras emociones egoistas! Una después de otra apartemos esas míseras ambiciones y abramos de par en par la puerta del corazón para secar las lágrimas de los pobres que sufren. ¡Consolemos a los afligidos! ¡Consolemos a los tristes con la infinita alegría que brota de nuestra oculta divinidad.

¿Por qué hay tanta miseria en el mundo? Todos estamos aferrados a lo nuestro como los mejillones al casco de un barco. Quisiéramos que lo nuestro no pasara a manos de otros. Como si cuando nacimos hubiéramos traído algo que nos pudiéramos llevar más allá de la tumba. Queremos que nuestras opiniones y nuestras creencias sean las mejores de todas y nos figuramos que somos papas excomulgadores condenando a las penas eternas a los que discrepan de nuestras ideas. Y eso lo hacemos con una acrimonía sin par, queriendo pulverizar al prójimo sin pensar que el mismo derecho tiene él que nosotros. Todos somos unos pequeños Torquemadas. Y eso lo hacemos sin darnos cuenta de ello, como si fuera la cosa más natural del mundo.

En nuestra misma familia, con las personas más allegadas, casi siempre nos comportamos pésimamente. Perdemos la paciencia por una insignificancia, queremos dar normas, nos burlamos de las ideas, a nuestro parecer, estrechas, de nuestros deudos y queremos que prevalezca nuestro sentir. Hasta muchas veces de buena fe se cometen torpezas que amargan a nuestros deudos. Acaso ni siquiera nos apercibamos, pero aquellos corazones sangran y nosotros les hicimos sangrar.

¡Cuántas maldades hemos cometido y cometemos pretendiendo ser corteses y buenos! Pero si ahondáramos en nosotros mismos encontraríamos muchas pequeñas maldades que son unos alfilerazos en los corazones ajenos.

Nos hemos acostumbrado a mirar siempre hacia afuera y nunca hacia nuestro interior. Vemos los defectos del prójimo y los exageramos, siendo implacables contra ellos y no nos apercibimos de los nuestros, que acaso son inmensamente mayores. Somos siempre injustos. No debemos ocuparnos de los defectos ajenos, bastante trabajo tenemos en enmendar los nuestros, que son muchos y no debemos cejar hasta que los hayamos corregido por completo.

Nuestro corazón es seco y duro como una esponja expuesta al sol, debemos ablandarlo dejando que se empape del llanto de los

que sufren, que su dolor sea el nuestro, que su alegria alegre nuestra faz, que todos formen parte de nosotros mismos. Cuando habremos consolado a quien sufre un rayo del sol divino descenderá en nuestro corazón y encenderá aquella pequeña llama, cuya luz no se extinguirá jamás por los siglos de los siglos.

• • •

LA VIDA Y EL AMOR

Dedicado con amor y reverencia
al Sr. Krishnamurti

Con la fatiga de un batallar rudo,
de las fuerzas y la energía exhausto,
yo retornaba pensativo, mudo,
como si fuera un viejo como el Fausto.

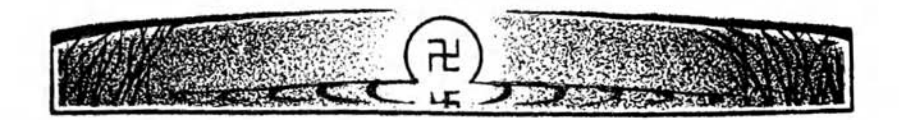
No pude más a mitad del camino...
caí sobre una fuente inagotable
y mi vaso alargué que el cristalino
líquido, llenó con ritmo agradable.

Aquella lucha es la eterna experiencia
que va afrontar mi YO paso a paso,
en la tortuosa SENDA DEL DOLOR.

La fuente es la DIVINA PROVIDENCIA,
mi corazón, aquel sólido vaso,
la dulce linfa el NECTAR DEL AMOR.

PEDRO MONZÓN MARTINEZ

Manila (Islas Filipinas)



Por que consideramos la vida de Jesús como el mejor ejemplo para los humanos

Ciertamente que del estudio comparado de los diversos Instructores que cruzaron nuestro mundo, pueden entresacarse muy provechosas enseñanzas, de manera que si bien reconocemos la periodicidad de sus oportunas apariciones y la grandeza espiritual de muchos de ellos, hemos llegado también a la conclusión de que el relato de la vida de Jesús, el Ungido, vale decir el Cristo, es hasta donde se nos alcanza, la vida eminentemente ejemplar que mayor emoción y valor nos infunde para cruzar por la vida y levantarnos hasta esa condición y plenitud que tan magistralmente expresa su demanda al Padre de perdón a los que sin comprenderle le crucificaron. Es este al parecer trágico fin, la culminación de lo que quiere expresar la vida del excelso galileo; es a saber, el triunfo de la bondad y del espíritu sobre la pobreza de comprensión de los aferrados a lo material.

«Vosotros sois la sal de la tierra. No se enciende una lámpara y se pone debajo de un almud. Mi padre trabaja y yo trabajo» etc. etc. Tales palabras qne salen de quien está lleno de Luz y de Verdad provocan la necesidad de actuar en la vida y ser un factor consciente de trabajo y de lucha para levantar a los caídos, para infundir valor, hasta que lleguemos los congregados de la muerte a ser perfectos como él anunciaba era nuestro Padre, cuyo gozo era, que nosotros nos abriéramos a la llama de amor viva que de El brota.

Así pudo el Occidente infundido por el Mensaje, que hoy a pesar de todo va comprendiéndose más y más, levantar el velo que nos oculta la Luz, y conquistar a macha martillo, por la acción y por la ciencia, las fuerzas que este mismo Padre nos da en la Naturaleza. Esta característica del mensaje o como se le quiera llamar, infunde a los seres de Occidente el ánimo para levantar todo su edificio científico, todo el dinamismo espiritual y desinteresado de las Ordenes Caballerescas, la fe inquebrantable de los Misioneros que haciendo frente a la rudeza de esta virgen Naturaleza, ha de haber abandonar la placidez de sus ho-

gares y de sus monasterios para poblar todo un vasto Continente.

Y que más diríamos; Jesús, quiere demostrar a los que le rodean la vida del que es considerado como Maestro y superior entre los hombres, y con un acto sencillo, lavando a sus discípulos, ejemplariza esta realidad viviente del superlor, que es también como ley que se extiende hasta lo Infinito.

Vive entre los publicanos y rameras; llora con los que lloran, él, que a pesar de todo es el fuerte y valeroso entre los fuertes; bien lo dicen sus palabras : «Quien quiera seguirme tome su cruz» o «El reino de los cielos se conquista por la violencia». En fin Jesús, el Cristo, vive entre nosotros y cada acto de su vida es la mejor doctrina para los que buscan y tienen hambre de espiritualidad. Su realización y sus afirmaciones contundentes nos muestran cual es el sentido y objeto de la vida, cual la voluntad del Padre; es decir que la humanidad no es una condenación, sino una esperanza de plenitud, cuando de su pobre estado de comprensión se infunda en ella y le purifique el Consolador, el Espíritu Santo que viene a todos sin excepción.

Si como también dice simbólicamente el Génesis, el hombre ha caído con Adan, es cierto que para algo se efectuó esta caída, y que el segundo nacimiento que florece en el Cristo de cada alma individual, bien vale la pena este desprendimiento o caída, que ha de mostrarnos toda la maravilla del fin. Así esto nos induce a sostener con toda convicción, que las caídas, los golpes, la acción y todos los goces y errores de la vida humana, son el material y el campo experimental que despertarán la flor de nuestras recondideces.

Admitido que hay otras maravillosas vidas de Instructores que mostraron el camino y la plenitud espiritual, pero repetimos, para nosotros los hombres, nos levanta y estimula más que otra cosa, lo que vemos vivir a través del drama de nuestro gran amigo Jesús—que así llamó él a los suyos—. Una vez nos hayamos levantado hasta la cumbre de la realización humana, es posible que comprendamos el canto de otros dioses, pero mientras tanto no rebosemos de la vida del Padre, de esa maravillosa presencia que él gozaba, bueno será que los hombres gocemos y suframos que nos saturemos de todos los pequeños afectos y alegrías; en fin humanos, plenamente humanos, pues la abstención y el retiro de la vida corriente que en los dioses puede ser suplantado por una plenitud y fluir espiritual, mal entendido esto, por los que caminamos hacia la llenumbre de Dios, nos cristaliza y nos priva de su Vida.

SALVADOR SENDRA



DEL MOMENTO ACTUAL

LIGEROS COMENTARIOS AL CONFUSIONISMO QUE IMPERA EN LA S. T.

En los periódicos teosóficos leo que algunos primates de la S. T. se sienten inspirados en las enseñanzas del Sr. Krishnamurti y que tienden puentes entre sus religiones y aquellas enseñanzas que por otra parte, añaden, no son nuevas. Yo también me siento inspirado por las enseñanzas del joven indo; su claro talento me seduce y su simpatía me atrae aunque no le conozco más que por los retratos que la O. de la E. editó y por las fotografías publicadas en distintos periódicos. Tiene el encanto de la juventud y el que de por sí da una actitud decidida a acometer una empresa. Desde que sacudió la tutela que le embargaba en Adyar, ha ganado prosélitos y ha producido, dicen, una desorientación en las filas de la S. T. que amenaza con el derrumbamiento total de esta organización que desde un principio dedícase con su sistema sincrético-analógico a la investigación de la Verdad por medio de la meditación y el estudio, en mal hora abandonado por quienes más llamados estaban a conservar, respetando lo estatuído, la prístina organización modelo de libertad y tolerancia.

Los seguidores de Krishnamurti no se extrañan de esta desorientación; la creen lógica y natural producto de la presencia entre nosotros del Gran Instructor del Mundo.

Yo también así lo creo: Creo que los tiempos que corremos son de grandes transformaciones. El que no lo crea, que mire, que se asome a una de las ventanas del mundo y verá a éste transformarse lenta, pero seguramente, en un cambio continuo en todos los lugares de la faz de la tierra.

Lo que yo no creo, mejor dicho, lo que yo no sé, es quién o quiénes operan estas transformaciones; quién o quiénes traen estas confusiones. Confusión reina en la S. T. como también reina en el aspecto político y social de todos los pueblos.

La Gran Guerra removió los cimientos de la civilización europeo; en su gran hecatombe quedaron para mucho tiempo dormidas, las ansias de conquistas que el nacionalismo patriotero engendrara juntamente con el afán mercantilista de la época. Y fué Wilson quien con sus 14 puntos, hiciera concebir a la inquieta Humanidad un rayo de esperanza.

Y fué Lenín quien después en Rusia con nuevas ideas y procedimientos nuevos removió más profundamente aún y derrumbó luego los hondos cimientos sobre los que se asentaba la terrible injusticia. Y provocó en el mundo una confusión tal, que aún perdura y que hace concebir a muchos pueblos otro rayo de esperanza.

Y es también Gandhi en la India quien provoca confusiones y hace vacilar el potente imperio inglés.

Y es Europa misma, la vieja Europa, la que duda y vacila buscando un equilibrio estable. Briand, con su proposición, es para mi el apóstol que, cual Wilson, Lenín y Gandhi trata de buscar el equilibrio que salve a la vieja y caduca Europa del confusionismo que la invade.

Asegurar que hay en el mundo entidad o entidades que le guíen, es, a mi juicio, algo que se ajusta a la realidad que nos rodea. Determinar quién es este guía, este Instructor y anunciarlo mucho antes de que el fenómeno se produzca, me parece es ir demasiado lejos y producir una perturbación más a las muchas que ya de por sí la vida encierra.

Es instructor todo aquel que instruye: desde este punto de vista, yo no tengo inconveniente en instruirme e inspirarme en las enseñanzas que cualquier instructor, por saber más que yo, se digne darme.

Platón en sus diálogos nos instruye sobre asuntos que aún la humanidad no ha sabido poner en práctica. Acontece lo mismo con las doctrinas de Buda, con las de Jesús, Mahoma y las de tantos otros que la historia nos presenta como Instructores. Y aquellos predicaban con el ejemplo, que es lo que en definitiva instruye a las gentes.

Confieso que Krishnamurti tuvo un acto simpático al declararse independiente y sacudir de sí la tutela que quiere que los demás desechen. Pero pretender que el milagro se haga a fuerza de disolver organizaciones, no lo veo muy ponderado, porque al arrancar un vicio necesario, se corre el peligro gravísimo de caer en otro, como ya estamos viendo, de crear otras organizaciones de caracter más particular y por ende más apropiado a los dogmatismos con su correspondiente secuela de odios y credos.

No quiero combatir a nadie porque personalmente yo guardo el respeto debido a todos. Otra cosa es combatir los procedimientos seguidos por las personas. Esos, yo los combato en todo tiempo y lugar porque deber de todos es poner a salvo sus particulares puntos de vista. A este respecto yo he de decir que me ha parecido siempre algo monstruoso el hacer afirmaciones determinadas dentro de ciertas revistas y organos oficiosos con el título de

una Sociedad que lo primero que sostiene es la ausencia absoluta de credos y dogmas. En el libro, en la prensa periódica y con la firma a secas del autor, cada uno es dueño de afirmar cuanto quiera; pero utilizar un título ya voluntario, o bien conferido por la voluntad popular y a su amparo afirmar una cosa, es hacer o pretender hacer creer a los demás, que la afirmación que se hace, la hace a título de autoridad que afirma lo que la Sociedad acepta.

Cualquier autor de fantasía exuberante, que afirme haber hablado con los habitantes de Marte, o haber sido mono en la Luna podrá, ante ciertas gentes, quedar él solo en ridículo, pero no arrastra a nadie en su caída; afirmar como miembro S. T. cosas que la razón occidental se resiste a creerlas, es exponer al ridículo a una Sociedad que nunca autorizó a nadie para hacer afirmaciones a su costa.

Antes, apenas se hablaba de estas cosas, le llamaban a uno intransigente; ciertas personas no toleraban que la obra realizada por los primates de la S. T. merecieran el comentario adverso de los que comulgábamos en otros sectores del libre pensamiento. Ha sido necesario que Krishnaji proteste, para que nuestra voz sea oída y nuestra actitud tolerada. La Sra. Jinârâjâdasa con su proposición ha dado en el clavo; ella y Krishnaji, con la autoridad que hoy tienen, pese a los deseos expresos del Sr. Krishnamurti, nos autorizan a tomar esta actitud de viva protesta ante quienes, sean quienes sean, pretendan llevar a la S. T. por derroteros que no sean el libre examen, el libre pensamiento y la tolerancia más absoluta fuera de todo credo o dogma que alguien quisiera imponernos.

Como miembro de la S. T., no vemos con agrado la preponderancia que adquieren en el seno de la Sociedad las actividades ajenas a la Teosofía que los miembros S. T. quieren traernos. La Sociedad Teosófica no es una feria de actividades: precisamente a ello se debe su decaimiento. La Teosofía ha tiempo que huyó de esta Sociedad que hoy pudiera llamarse de los grandes desvaríos, para acogerse en el seno de otras que en realidad encarnen su espíritu.

La misión hoy de un «Teósofo» está limitada a purgar a la S. T. de las impurezas que la inficionan y con nueva savia y nuevos bríos devolverle su salud alterada, que no otra cosa sería que volver a la Doctrina Secreta en la que hay materia sobrada para libertarse de jaulas y moldes que nos aprisionan y ahogan hasta el punto de no saber ya si lo que vivimos es la Vida o la más grande ficción que registra la historia.

WENCESLAO CALLE

NOTAS BIBLIOGRÁFICAS

La derrota de la Muerte

por Irving S. Cooper

Editorial «Biblioteca Teosófica Argentina».—Buenos Aires.

Cariñosamente dedicado a El Loto Blanco por el presidente de la Biblioteca Teosófica Argentina, D. José M. Olivares, hemos recibido un ejemplar de la edición castellana de la obra de Irving S. Cooper, titulada «La derrota de la Muerte».

Dijo Emerson que en muchas ocasiones la lectura de un libro mudó el curso de la vida de un hombre. La obra de Cooper es uno de estos libros cuya lectura es capaz de transformar no ya un hombre, sinó toda una generación. Dedicada por completo al estudio de la doctrina de la reencarnación, viene esta obra a cumplir uno de los fines inmediatos de la Sociedad Teosófica, tal vez el más importante entre ellos: difundir en el mundo occidental esta consoladora doctrina que ha de servir de base a las futuras religiones adecuadas a la natural evolución de la humanidad.

Es este libro de aquellos que abren surco en el alma y depositan en la mente una inquietadora semilla que más tarde ha de fructificar en vívidas intuiciones. Es imposible leerlo sin que el caparazón del indiferente no quede rajado y abierto y asomen a su exterior los hasta entonces adormecidos anhelos espirituales. Escrito para lectores que desconocen la doctrina de la reencarnación, el autor procura hacerla patente desde todos los puntos de vista y examina y rebate los argumentos vulgares en contra de ella. Y todo esto con un lenguaje sencillo, claro y expurgado de los tecnicismos exóticos que tanto molestan al que no está acostumbrado a su uso.

Decir que Cooper ha expuesto la verdad más trascendental que ha recibido la humanidad, de manera que todo el mundo pueda entenderla, sin que a pesar de esto haya perdido nada de su grandeza, es el mejor elogio que puede hacerse del libro y de su autor.

La sobria y esmerada traducción de I. I. Escardó está a la altura de la obra.

Ciencia y Teosofía
por Julio Garrido
Madrid

Al hacer la reseña de «Ciencia y Teosofía», que por causas ajenas a nuestra voluntad aparece bastante retrasada, queremos que nuestras primeras palabras sean de efusiva felicitación para su autor el Consejero-redactor de EL LOTO BLANCO y ex Secretario General de la Sección Española D. Julio Garrido, quién con raro acierto derivado de su vasta cultura, así teosófica como profana, ha escrito un libro que viene a llenar un vacío, sentido desde hace tiempo, entre las obras teosóficas, pues si bien se han publicado muchas de carácter moral, devocional o descriptivo, son poquísimas las que relacionan esta *Teosofía revelada* con aquel aspecto del saber humano que comunmente hemos dado en llamar ciencia.

El que se haya formado según las enseñanzas científicas actuales no podrá menos que reconocer que dichas enseñanzas, llevadas a sus últimas consecuencias, nos meten en un atolladero cuya única salida se halla en la espiritualización de la ciencia. A este fin tiende Garrido en su obra al establecer entre la Teosofía y la ciencia un paralelo tan cercano que en muchos casos llega a la confusión ya que, respecto a muchos asuntos, hay entre ambas puntos de coincidencia por donde se pasa insensiblemente del terreno científico a los dominios teosóficos.

Al establecer y multiplicar estos puntos Garrido a prestado un inapreciable servicio a los estudiantes de Teosofía que por su especial manera de ser se ven impulsados a escalar la cumbre en donde se halla el Templo de la Sabiduría Eterna, trepando por el árido sendero del conocimiento. En dicha obra hallarán los que empiecen la preparación necesaria para asimilar las enseñanzas de las obras de altos vuelos, y los que ya conozcan estas últimas, aclaraciones de asuntos y conceptos que les harán mucho más provechoso lo ya estudiado.

El autor al final de su obra promete un segundo vulumen sobre el mismo tema; para bien de la Teosofía debemos desear que aparezca pronto.—*J. de V.*